

Spisil k'atbuj

Todo cambió

Edición tseltal-español

Unidad de Escritores Mayas-Zoques, A.C.



Lo'il k'op - Cuento

Josías López Gómez

Josías López Gómez
es autor de:

Palabra Conjurada, 1999.
Cinco voces Cinco Cantos.
Colectivo multilingüe.
La aurora lacandona
Cuentos tseltal-español. 2004.

Otros títulos:

La última muerte
Tsotsil-español.
Cuentos, Nicolás Huet.

Distintos colores de la tierra
Colectivo multilingüe.

Cantos desde el corazón
de la naturaleza
Colectivo multilingüe.

Ocho palabras del amanecer
Colectivo multilingüe.

Corazones unidos-Pensamientos
diferentes,
Colectivo tseltal-español.

La luz de la montaña
Cuento y poesía,
tseltal-español

Palabra de Ajawes,
cuentos en tseltal-español.
Armando Sánchez Gómez.



Spisil k'atbuj Todo cambió

Se terminó de imprimir en enero de 2006, a diez años de firmados los Acuerdos de San Andrés Sak'amchen de los Pobres, incumplidos por el Gobierno Federal, en la Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, A.C. Pedro Moreno N° 7, Barrio Santa Lucía. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. México. Tipografía de la Familia Garamond 11, 12, 13, 15 y 20 puntos.

La edición consta de mil ejemplares.

unemaz@yahoo.com.mx



del *Proyecto de Elaboración de Gramáticas y Diccionarios de las Lenguas Indígenas de Chiapas*, de la Dirección de Educación Indígena (1996–2003). Ha participado en diversos encuentros de escritores indígenas estatales y nacionales, como también en los encuentros *Chiapas de Poesía*. Becario del Fondo Nacional Para la Cultura y Las Artes (2001–2002). Cofundador y miembro activo de la Unidad de Escritores Mayas Zoques, asociación civil que impulsa la escritura de los idiomas amerindios en el estado de Chiapas. Desde enero de 2004 es supervisor escolar de educación indígena en la zona 154, con cabecera oficial en El Bebedero, Sabanilla, Chiapas.

The logo for 'Smile' features the word 'Smile' in a grey, sans-serif font. Above the letters 'i' and 'l' are two blue, curved shapes that resemble the top of a smile or a pair of eyes. The letter 'i' has a small green dot above it.

Smile

Índice

Agradecimientos

Presentación i

Jpoxlum 1

Jpoxlum 7

Te ts'iwej winik 12

El cazador 19

Te jalbil k'u'il ants 25

La mujer huipil 38

Snail elme'eletik ta k'atimbak 51

K'antimbak, el reino de los muertos 62

Jtuunel yu'un lum 73

El servidor del pueblo 86

Spisil k'atbuj 98

Todo Cambió 111

Yantiknax 124

Algo diferente 135

Del autor 144

Spisil k'atbuj

Todo cambió

Josías López Gómez



Smile

Agradecimientos

Nadie escribe un libro solo. Detrás de cada obra se encuentra una lista de personas que hicieron posible su arquitectura. Deseo mostrar mi agradecimiento a aquellos que contribuyeron con una frase o una idea que ayudó finalmente a la construcción de este trabajo literario, como también a quienes creen apasionadamente en el reflorecimiento de la literatura indígena contemporánea.

Quiero darle las gracias a los hombres y a las mujeres del municipio de Oxchuc, por encender el incienso de copal que dio lugar a la purificación del alma de este trabajo. Asimismo, estoy totalmente agradecido con las autoridades, los principales y los habitantes de la comunidad de Linda Vista, ubicada en el centro de la cabecera municipal, por su valioso apoyo y comprensión que me han brindado para no ser objeto de sanciones por el incumplimiento de algunos trabajos comunitarios que estoy obligado a realizar. Me han aguantado con mucha paciencia: expreso mi gratitud de todo corazón. Del mismo modo, reconozco la insistencia de colegas indígenas para seguir contribuyendo en el arte de la escritura de las lenguas indígenas del Chiapas actual.

El autor está endeudado también con el destacado maestro José Antonio Reyes Matamoros, gran consejero y fiel curador de las letras indígenas, por su experiencia, erudición y capacidad en el arte literario. De hecho, una parte de sus esfuerzos se han dedicado a la preparación de jóvenes indígenas en la literatura

Esta edición fue financiada por el programa Fomento y Desarrollo de las Culturas Indígenas del campo cultural: Fomento y Desarrollo de la Creación Artística, 2005 de la Comisión Nacional Para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CDI. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Spisil k'atbuj Todo cambió

Derechos reservados para la presente edición:

© Josías López Gómez.

© Unidad de Escritores Mayas-Zoques, A.C.

© Fotografía de portada: *El extraño cauce del tiempo*, óleo sobre tela, 2003. Del pintor tojolabal **Chawuk**.

Diseño de portada y cuidado de la edición:
Ediciones de El Animal.

Coordinación Editorial: Armando Sánchez Gómez y José Antonio Reyes Matamoros.



contemporánea. Leyó la versión de esta obra e hizo sugerencias detalladas tanto en el contenido como en la presentación y en el estilo, pero en ningún caso es responsable por las incorrecciones que puede tener este libro. Confío en que seguirá con sus consejos, siempre libre, disponiéndolos al alcance de los interesados.

Mi mejor reconocimiento a la Comisión Nacional Para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CDI, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, por el financiamiento de esta publicación.

Por último, pido perdón a la comunidad Oxchuqueña si por alguna razón no quedan complacidos con el contenido de esta obra. No tengo la menor intención de denigrar el nombre de nuestro pueblo, sino todo lo contrario. Subrayo nuevamente que sólo el autor es responsable de este texto.

El arpa, la sonaja, la flauta, la guitarra
adquirieron vida,
expresaron voces de la naturaleza.

Algunas delicadas como el salto del venado,
el chasquear de los labios del mico de noche,
otras profundas como el aullido del coyote o el
rugido del felino,

unas más potentes como el trueno.
Son las voces de la madre tierra, llenas de gracia
y emoción.
(1959-1976)

Josías López Gómez.
Oxchuc, Chiapas, 9 de agosto del 2005.



Presentación

La nueva narrativa maya comenzó cuando los escritores de esos idiomas ubicaron la unidad entre oralidad y recreación. Es joven, nació con Palabra Conjurada, libro que contiene dos cuentos en idiomas mayas, uno en tseltal, del autor de este volumen, Josías López Gómez, y otro del tsotsil Nicolás Huet. Su novedad consiste en el uso de las herramientas estéticas del cuento clásico aplicadas a una forma de pensamiento donde dicho cuento encontró a sus representantes. Es pues una apropiación estética, función de la literatura y sus fenómenos intra y multiculturales.

Con El ladrón de palabras, en 1999, Josías se anunció como el narrador cuyo interés es el equilibrio entre las condiciones materiales y espirituales de los personajes. En ese su primer cuento publicado Josías logró verticalidad, ambiente, economía de lenguaje, y belleza en la narración, con la singularidad del final abierto, ni contundente ni sorpresivo.

En 2005 Josías publica La aurora lacandona, un volumen de seis cuentos donde sus esfuerzos los concentra en darle forma al material oral que recogió de su convivencia y amistad con mayas lacandones: la selva y sus habitantes, sus formas de vida, fueron sus preo-

cupaciones: nos muestra mundos harto lejanos al mestizo o al maya tseltal. Josías no tiene inquietud por el 'retrato', es decir, por la realidad, tan de moda por los medios de comunicación que a fuerza de pragmatismo nos hacen pensar que toda la actividad del ser humano debe tener un fin utilitario. La belleza de La aurora lacandona consiste en el repentino ingreso al ambiente de un Chiapas en proceso de desaparecer, el de la selva, en comunión indisoluble con los hombres que la habitan, ahí Josías López Gómez supo interpretar su papel de escribano al ligar al hombre lacandón con la selva a la que pertenece y venera.

En esos cuentos la anécdota de lo narrado empieza a perder fuerza para ceder a la imagen en su conjunto creada por el lenguaje y su movimiento: gana la narración, logrando equilibrio entre los componentes estéticos y las causas que provocan el suceso narrado, es decir, el cuento contiene elementos evocativos donde es posible apreciar la intención del autor sin que jamás éste la haya expuesto.

Por su cultura de origen Josías 'cuenta' sus cuentos de forma oral, pero cuando los lleva al papel sabe que el trabajo ahí debe ser muy cuidadoso. La literatura ha ganado un nuevo oficiente, y los tseltales de Oxchuc un artista que eleva y reivindica su dignidad, su origen, el

orgullo de su pertenencia que explora y expone en el arte la situación de esos tseltales, similar en cualquier municipio maya chiapaneco.

Con la experiencia anterior Josías logra en Spijil k'atbuj, Todo cambió, ya, presencia de un estilo: la magia y ritualidad de los oxchuqueros, y de manera continua, su relación con los problemas sociales e históricos que han transformado la vida diaria de las comunidades.

De Jpoxlum, el primer cuento, deseo señalar algo que nos hace distintos respecto de los pueblos originarios: para ellos las cosas tienen vida, son seres sensibles con pensamiento e intelecto al igual que ellos (no puedo decir nosotros, esa no es nuestra creencia); para Josías "este libro tiene vida, hay que tratarlo como a un ser viviente". Del lado de acá, miles de veces hemos dicho que un libro es un ser vivo, sobre todo por el contenido del mismo, no como libro en sí. Al tratarlo con vida propia, en Jpoxlum, la amiga del personaje-autor, invoca a los dioses de Oxchuc, moja los labios del libro con la bebida sagrada de los tseltales, el pox, para que ese libro viva en la memoria de los oxchuqueros y rebase las fronteras de ese municipio. Al libro la personaje Meli lo limpia para que goce de buena salud; el escritor Josías López Gómez escribe para quedar en el tiempo como un representante de



su cultura: pide bendición a los dioses para lograr su objetivo. Así pues, este libro tiene vida propia y cuenta con la protección del Jpoxlum.

Tanto El cazador como El reino de los muertos son oralidades que Josías ha recogido para llevarlas al plano literario, descubriéndonos micromundos que transitan de la vida cotidiana al inframundo por medio de un tema poco expuesto por los escritores mayas, el erotismo y la sexualidad. En esos cuentos la infidelidad de la mujer provoca el castigo. En el primero de mano propia: el cazador corta de un tajo el miembro sexual del amante de su esposa y ésta muere al no saciar su sed, pues traga, azado, el pene de su querido. En el segundo existe la intención del juego, de tratamientos lúdicos: Rosa morirá de estreñimiento; su esposo la visitará en el reino de los muertos; ahí ésta parlotea con otras mujeres sus aventuras sexuales. Antes, la pajk'inte', un ser ultraterreno en la cultura tsetal le pedirá al esposo un tributo especial para conducirlo con Rosa: restregarse en él para satisfacer su apetito sexual. Andrés morirá por no guardar el secreto de su visita al inframundo, no por su estancia ahí. Esos sucesos serán calificados por esos seres que conviven con los hombres permitiéndoles el conocimiento del "más allá", bajo la condición de no divulgar su experiencia.

En Spisil k'atbuj, Todo cambió, Josías usa muchas herramientas para recrear cierta realidad histórica y abordar sus cuentos con las inflexiones necesarias para los cuadros dramáticos que esas historias requieren. La mujer de huipil como el cuento que toma el título del libro, Todo cambió, contienen los elementos dramáticos más sorprendentes del volumen.

Es Catarina en La mujer de huipil una muestra contundente de la contradicción entre las distintas formas de vida de las sociedad maya-tsetal y la mestiza. Lo que empezó con la buena noticia por la participación de Juan Soten como uno de los primeros promotores del INI hace más de cincuenta años, termina con el abandono de Catarina, pasando por la infidelidad del joven promotor, asumiendo el estatus social alcanzado por su nuevo trabajo: de la ruptura de ese joven matrimonio, emerge un nuevo grupo social que transformará la cotidianidad comunitaria, los maestros bilingües. Esos sucesos Josías los cuenta desde dentro de las comunidades que fueron sujetas de la alfabetización, acompañadas con la aparición de las escuelas de educación básica.

En otro ambiente similar, el punto más álgido del problema anterior está en Todo cambió. Cristóbal T'sej al convencerse de la importancia de la escuela y del maestro, pondrá su mejor esfuerzo para que aquel esté



contento e integrado al aprendizaje de los niños de la comunidad. Cuando el maestro Priciano viola a la hija de Cristóbal T'sej parece inminente la venganza personal. Pero algo detiene a Cristóbal: la situación por la que atraviesa su comunidad respecto de la caxlanada racista, y un sentido muy alto de responsabilidad y humildad para no convertir Ti'akil en un baño de sangre ante la posible muerte del maestro Priciano. Estos cuentos nos hacen comprender mejor este presente por ese pasado cercano en el que los abusos individuales eran usados como detonante para expulsar de sus tierras a sus legítimos propietarios. Todo cambió por la aparición de la escuela, por el abuso de un maestro contra una niña tseltal ante la que actuó con total impunidad. Cristóbal T'sej guardará su coraje, Priciano se irá de la comunidad, la escuela seguirá funcionando pese a la violación y el latente intento de despojo de los caxlanes contra los tseltales de Ti'akil.

Aquí enlazo el último cuento, Algo diferente, pues con los anteriores forman una trilogía con situaciones similares y personajes distintos en tiempos separados. Algo diferente es la contemporaneidad de los maestros bilingües, de los jóvenes de distintos grupos lingüísticos que al enamorarse cuestionan implícita y explícitamente la cultura de donde proceden, sin



renunciar a ella. Es el amor recíproco el que les hace deliberar el porqué los padres de la maestra Hortensia deben buscar a su compañero de acuerdo a sus creencias, linaje o intereses. Hay una manifestación de independencia individual, de solvencia autoasignada por la iniciativa que ambos emprenderán; pero ante todo, hay sinceridad.

Mención especial requiere El servidor del pueblo. Mariano Jolchij es designado presidente municipal por un año; a riesgo de ser señalado de indolente por el pueblo, debe aceptar la responsabilidad, así lo hace, dudando, acobardado, hasta que entiende cómo aplicará su espíritu de justicia y honor, acompañado de su esposa y de la sabiduría de los principales anteriores a él. La comprensión de la tarea llega cuando tiene en sus manos el bastón de mando, ahí se transforma su ser por la confianza de sus paisanos, de los ancianos, de la comida para festejarlo, de la música y la danza, ahí comprende que la tarea requerirá lo mejor de su talento y su trabajo permanente. Nuevamente Josías, sin decirlo, ni siquiera mediante algún dibujo, nos enseña la humildad ante el ejercicio del poder y cómo el poder lo usan los hombres sabios para prodigar a su comunidad entrega en el servicio, respeto por su cultura; preocupación y ocupación por los problemas comunes.

En cinco de los siete cuentos Josías López Gómez usa el final abierto como una forma de interactuar con los lectores, para completar esas historias y continuarlas, o para interesarse por esa parte de la humanidad llamada mayas tseltales de Oxchuc, en Chiapas, en Los Altos, donde algo empezó a cambiar desde el 1 de enero de 1994, o desde el 16 de febrero de 1996, ya diez años, de la firma de los Acuerdos de San Andrés, incumplidos por el gobierno federal.

Spijil k'atbuj, Todo cambió, y seguirá cambiando por el empeño de artistas como Josías López Gómez que con determinación, dignidad y disciplina en el trabajo literario, representa a los mayas tseltales de Chiapas.

José Antonio Reyes Matamoros.

Editor.

Jovel.

13 de enero de 2006.

Spisil k'atbuj

Todo cambió

Josías López Gómez

Nueve de agosto del 2005. Son las cuatro de la tarde. Llego a mi casa con los zapatos negros polvosos y un engargolado en la mano. Abro el candado de la puerta de madera. Entro y busco afanosamente el litro de *pox* en el altar. Agarro la botella y la empino sobre mis labios, pero alguien me habla a la espalda, giro en mi propio eje, el *pox* se desborda por mis comisuras, moja mi camisa celeste de manga larga. Es María Mérida, cuyo apellido no quiero acordarme, mujer de belleza pura y corazón limpio, se acerca a la puerta de mi casa. Me mira a los ojos, sonrío, dispara:

—Vine para leer tus cuentos.

Me sorprende su visita, no supe cómo responderla.

—Está bien —le dije nada más.

La invito a pasar, todavía regresa la vista como para despedirse del padre sol resplandeciente. Se sienta sobre una banca de madera. Toma mi engargolado, lo abre y

desliza su dedo índice por una hoja del primer cuento, le da la vuelta, sigue leyendo, pasa otra hoja, mientras yo bebo sorbos de aguardiente. Mucho rato después, Meli termina de leer. La miro y ella me devuelve la mirada, diciendo:

—Me gustan tus cuentos. Nos acerca a la vida, a la forma de ver el mundo de los mayas tseltales de Oxchuc.

—Trabajé durante meses —le contesto.

Al escribirlos me asistieron dos razones. La primera es volver, pero no en vida, sino a través de la palabra escrita, a la existencia de un pueblo que ha sido duramente golpeado por la miseria, la humillación y el racismo; el segundo: procuro reparar el origen perdido, el nombre oculto, las cosas olvidadas, hacer que el río suene y que los cientos de aves, de animales nocturnos y de pequeños insectos se unan al coro iniciado en el ombligo del mundo, tierra de los hombres de maíz.

Meli, con el brillo en su cara risueña, me hace vivir como nunca, saca de su mochila otros libros. Sonríe. Luego hojearnos, con entusiasmo, las páginas. Ella me dice:

—Tus cuentos no son los primeros que en México se escriben, existen otras huellas de destacados poetas y narradores indígenas, circulan aquí y allá en forma impresa.

—Así es, la literatura indígena escrita está en proceso de formación, es creciente, pero no arrolladora. Todavía no hay una figura singular dentro del pensamiento indígena contemporáneo.

—Sí, aunque hay un gran número de esfuerzos. La lectura de los cuentos o poesías creadas por el escritor indígena enriquece la enseñanza y el aprendizaje de su cultura.

—No es un trabajo sencillo. Hay un gran vacío provocado por años de rechazo y descuido de la lengua indígena. Ese vacío no puede ser llenado en unos cuantos años. Está arraigada la vieja creencia que la lengua indígena es algo menos, que no es un idioma, se piensa que no tiene gramática, porque es lengua de los indios. Falta mucho por hacer para consolidar su escritura; pero a pesar de estos problemas, lentamente empiezan a quedar atrás los tiempos en los que los maestros y gobernantes castigaban a la gente

indígena por hablar su idioma. Hoy podemos escribirlo.

—¿Por qué no se publica más literatura indígena?

—La respuesta no es sencilla, no se trata de uno, sino de muchos factores. La lengua española tiene más poder que nuestro idioma. La literatura indígena no se ha afianzado como para ocupar el lugar que le corresponde. El puñado de poetas y narradores indígenas no encuentran dónde publicar, muchos no hallan apoyos para sobrevivir, escriben a la luz parpadeante de la marginación y a la amenaza del olvido.

Meli, tan limpia como el viento tierno de la madrugada, flor del alba, se levanta, se mueve para mirar con el rostro presuntuoso el sendero, río abajo. Me paro, me acerco y la veo de frente. Se escucha el estruendo de las pequeñas cascadas y el canto de las aves. Sus ojos negros de Meli se mueven de un lado a otro, pasa la lengua por sus labios, dice:

—Que aburrido sería la montaña si encontráramos el mismo árbol. Afortunadamente hay variedad de árboles, de todas formas y tamaños, de todos los colores y texturas. Una montaña de diferentes árboles



gana en belleza. Así son las lenguas del mundo. Tenemos una montaña de idiomas llenos de variedad y color. La diversidad lingüística es más rica, más estética, más deseable, pero requiere de mucho cuidado. Tus seis cuentos muestran la multiplicidad de pensamiento.

Meli, embriagadora de mi corazón, me pide la botella de aguardiente, una vela y el incienso humeante de mi padre. Los coloca con el engargolado frente al pequeño altar de la familia. Se pone de rodillas. Suplica a los dioses fundadores del mundo, arquitectos formadores, con las manos extendidas; pide que el *xch'ulel* de este libro no se pierda, no se enferme, no se muera. Bebe un sorbo de aguardiente, otro arroja sobre el altar. Se pone de pie. Con el humo del incienso sahuma alrededor. Bebe otro sorbo de *pox*, después me sirve a mí, otro poco en los labios del libro. Sus abuelos de sus abuelos fueron sabios, sólo eran superados por los ancestros, me dice:

—Tu libro está en manos del Jpoxlum, creador de la vida de los *bats'il winiketik* de Oxchuc, persistirá grabado en la mente de los hombres, más allá de los confines de las escarpadas tierras tseltales.

El cazador

Ir al bosque es mi sustento, mi gusto, mi distracción. Llevo mi cuchillo, dispuesto a clavarlo a la primera presa que se ponga a mi alcance. Mi perro Maelchan huele el orín del animal; ladra, agarro mi escopeta, lo sigo. Soy cazador, cuento con el respeto de todos, pero sin autoridad ni privilegio, sólo cumplo mi deber.

Una enorme luna llena, amarilla y radiante, surgió en la punta del cerro *Ijk'al Ajaw*, comencé mi faena. Con mi incienso de copal invoqué al espíritu de los que iniciaron la cacería, pedí la ayuda de los antepasados, agradecí al animal por entregarse a la muerte, porque la caza es sagrada, no una matanza; después bajé por el sendero a la comarca de venados, un creciente murmullo de zancudos vibró en mis oídos. A medio camino silbó el pájaro maligno, el mensajero de la muerte, no se dice su nombre, viene de la morada del dolor, de la oscuridad. No me importó, avancé; más adelante pasó volando

muy bajo, me detuve, silbó dos veces, señal de mal augurio. Pensé en mi mujer Xpet Konsal, sola, le podía pasar algo; tuve motivo para preocuparme. Pero la presa me hizo seguir.

Fui leyendo el paso del animal en cada rama rota, en cada hoja aplastada. Sé perfectamente cuándo la huella corresponde a un día o a una semana; si es de venado, de tepezcuintle o de comadreja. Puse el oído sobre la tierra, escuché las pisadas del venado. Mi perro corrió tras él, lo seguí. Una vez comenzado el ritual de la caza, no hay tiempo para perder. Yo y la presa sabemos que esa danza sólo termina con la muerte. En el momento culminante de la caza, la madre tierra contiene su respiración, el bosque calla, los ríos se silencian, el aire se detiene. Sólo el corazón del cazador y el del animal palpitan al mismo tiempo. Pero esta vez fallé, mi perro perdió el rastro. Me enojé, conozco el valor de mi tiempo, no lo desperdicio, no estoy acostumbrado a perder mi presa, ha sido mi vida. Le di un culatazo al Maelchan, aulló de dolor, se metió entre los matorrales. Me senté sobre las hojas secas, guardé silencio con la cabeza gacha, mi perro



vino a lamer mis pies, movía la cola, me veía con tristeza.

Enojado y dolido me puse en camino. Me acerqué silenciosamente a mi casa, seguro que mi esposa dormiría profundamente, el fuego apagado. Escuché un quejido suave, me sorprendió. Mi mujer no estaba sola en mi cama.

—Espera, espera, quiero orinar —dijo su acompañante.

—No salgas, hay un agujero en la esquina, ahí orina mi esposo.

Se levantó, vino directo donde le dijeron. Me moví con cuidado a la luz de la luna, su verga dura y gruesa soltó un chorro de orina, me dio coraje, la agarré fuertemente. Saqué mi cuchillo, se la corté de un sólo tajo.

Gritó atterradoramente.

—Hijo de diablo —creí decir. Y aún escuché a mi mujer preguntar:

—¿Qué te pasó?!

No supe más, lleno de coraje, volví al bosque. Vagué entre los árboles, sin saber a dónde me dirigía, las afiladas espinas de algunas plantas no pude evitarlas, la luz de la luna se filtraba entre las copas de los árboles. Angustiado, junté leña, hice lumbre, pero me

sentía adolorido, con ganas de gritar. Muchas cosas me vinieron a la mente. Pensé destruir mi casa para no dejar ningún rastro, cambiar mi nombre si era posible, irme a otro lugar donde nadie me encontraría.

Sentado junto a la lumbre varias ratas pasaron cerca de mis pies, eran veloces, se metían debajo de las piedras. Al rato el Maelchan levantó las orejas, siguió a un venado, cansándolo hasta debilitarlo por completo, pero no se resignó tan luego a morir. Comenzó el acto final, mi cuchillo se clavó en su pescuezo, luchó con sus últimas fuerzas, poco a poco quedó quieto con los ojos fijos. Celebré con el cuchillo en alto.

Despellejé y asé parte del venado, comí un pedazo, y un trozo para mi perro por su esfuerzo. Completé la comida con agua de un pequeño manantial. Llegó el frío del amanecer. La luna continuó su paseo por el firmamento. Más tarde desaparecieron las estrellas, el cielo comenzó a aclarar con un suave resplandor. El zumbido de los zancudos disminuyó poco a poco. Salí del bosque, conozco el sendero de memoria, soy producto de esta montaña; no sólo me provee lo que necesito, cada árbol de encino, de roble,

de ocote, de laurel, de liquidámbar, habla conmigo, sabe que soy habitante de este lugar. Su valor no se compara con nada.

—Ya vine, levántate a hacer las tortillas. Mira qué carne traje —le dije a mi mujer al momento de bajar mi carga.

Bajó de la cama, aparentemente contenta. Se puso en acción. Encendió el fogón, lavó y molió el nixtamal, le puso cal al comal, comenzó a hacer tortillas. Traje leña para avivar el fuego. Agarré la primera tortilla calentita, se la di con un pedazo de carne.

—Aquí está tu parte, es todo tuyo.

Agarró con emoción el alimento, quiso compartir conmigo, estaba acostumbrada a que comiéramos juntos.

—No, estoy lleno —le dije, sobando mi barriga.

La vi tragar el primer bocado.

—¿Está sabroso? —le pregunté.

—Sí, sólo está salada —contestó.

Siguió comiendo, hasta que acabó. Se limpió la boca con la palma de la mano, satisfecha por el bocado.



—Tengo sed, quiero agua, asaste la carne gorda —dijo después de un breve silencio.

Agarró una jícara con agua, la bebió, pero no calmó su sed, siguió bebiendo hasta que no pudo echar agua en su jícara.

—No se me quita la sed, por favor pásame otra jícara con agua —dijo con lentitud, con la barriga ensanchada. Suspiró.

Me apresuré a cumplir sus deseos.

—¿Qué me diste de comer? —preguntó.

—La verga de tu querido —le contesté.

Ella se sorprendió al escucharlo, parpadeó con ganas de llorar.

—Me engañaste —le dije. —Por tu culpa no cacé el primer venado.

Tocó mi hombro, no dejó de mirarme, murmuró:

—Voy a morir, no supe ser tu mujer.

—Mi perro Maelchan es más honesto, me acompaña, me ha cuidado por años —le contesté.

Xpet Konsal ya no comió. De tanto tomar agua murió, su cuerpo regresó a la madre tierra. La verga de un hombre es caliente, salada, provoca mucha sed.

La mujer de huipil

Juan era hombre sereno, de buen corazón. Tres *kaxlanes* se presentaron en su casa de paja, rodeada de milpas. Pensó que querían comprar puerco, traían la cara ardiente por los rayos del sol, a punto de desmayarse por la fatiga. Se dieron la mano, hablaron buen rato sentados sobre bancos. Catarina molió nixtamal en el metate, hizo tortillas, coció huevos al comal, le dio de comer a sus visitantes. Después se despidieron, los *kaxlanes* desaparecieron por la vereda.

—Son del Instituto Nacional Indigenista, quieren que los indígenas aprendan a leer y a escribir. Me invitan a trabajar de promotor, pues tengo cuarto año de primaria y hablo el español. Iré a Jovel, recibiré curso, después enseñaré a los niños en nuestra lengua tseltal. Me van a pagar doscientos pesos mensuales —dijo Juan con voz alegre y cara contenta.

Con asombro, hasta con miedo, temblaron los labios de Catarina. Nada poseían,

sólo cultivaban y producían lo necesario para su sobrevivencia, lo demás lo obtenían mediante trueque. Dormían en el suelo sobre un petate, con la ropa puesta. Las cucarachas paseaban en la casa, las ratas curioseaban cerca de los pies.

—¿Qué van a decir los parientes? —preguntó Catarina después de un corto silencio.

—Trabajaré aquí, sólo cuando asista a mi curso de capacitación iré a Jovel. Así me lo prometieron. ¿Qué dices, Catarina? Compraré tus listones, tus aretes, tus collares con mi primer sueldo. Te llevaré a pasear donde tú quieras. Manuel Ch'ixna ya aceptó, viajaremos y trabajaremos juntos. Cualquier cosa que me pasara, hablarías con él.

—Necesito pensar poco a poco.

Catarina sintió la pobreza golpeando su vida. Comían frijoles si es que había o se conformaban con una jícara de atole simple. La voluntad de vivir les mantenía luchando día con día, para finalmente conseguir algo que aliviara el hambre. Por la misma necesidad, ella y su marido llenaron de alegría sus corazones, no les pareció mala la idea. Juan partió a Jovel poco después de haber chupa-

do con agrado los huesos de una tuza ahumada. Se echó su morral al hombro, con un sombrero cubrió su cabeza. Se despidió de su casa donde pasó treinta años de su vida.

—No te preocupes, Catarina, vendré a verte —dijo al notar que su mujer lloraba de tristeza.

Se puso en camino, movió la mano sin más palabras ni gestos, continuó sus pasos con andar ligero. La mujer lo siguió con la vista hasta perderlo cuesta abajo. Juan encontró a Manuel en un cruce de caminos. Avanzaron entre bosques y serranías. Pasaron con miedo por Ch'enpalma donde desaparecía mucha gente. Tomaron pozol en un manantial. Al cabo de un día de camino llegaron a la ciudad de Jovel, bañados en sudor; rápido fueron al Centro Coordinador Indigenista. Ahí se albergaron con otros jóvenes de distintas comunidades tsotsiles y tseltales, para prepararse como promotores culturales.

Juan no escribía su lengua tseltal, sus conocimientos se transmitían de padres a hijos en forma hablada. Para cumplir con su nuevo oficio la escritura fue de gran utilidad. Aprendió a escribir las palabras de su *bats'il*

k'op, conoció la primera cartilla del tseltal, se preparó para enseñar a leer y a escribir a los niños indígenas en su propia lengua. A Juan le fascinó. Después de tres meses de formación, aceptó con agrado desempeñar su nuevo trabajo, regresó a su casa. Las orejas de Catarina se pusieron coloradas, sin saber qué decir, cuando vio a un hombre parado frente a su casa, gotas de sudor le corrían por la cara, vestido de camisa y pantalón nuevos, cuando la última luz del día estaba por apagarse.

—¡Soy yo, Catarina! —dijo sonriendo Juan como si le hubiera pasado algo bueno.

Ella quedó boquiabierta de admiración, lo tocó con la mano temblorosa. Luego de comprobar que era su marido, se echó a reír, se le borró la tristeza y la soledad. Se abrazaron, él la rodeó con sus brazos por la cintura y la levantó con un grito de alegría. Le habló de su vida en Jovel, le mostró las primeras cartillas en tseltal que llevaba. A ella le pareció bonito, pidió que le enseñara a leer.

—Es cierto —dijo Catarina —quiero aprender a leer. Tú me enseñarás ¿verdad?



Le agarró las manos con la misma pasión que cuando se casaron.

—Prepárate —contestó Juan —mañana mismo iré a Bajnabil.

Catarina tomó aliento, suspiró. No estaba preparada para seguir viviendo sola con sus hijos, a él le habían prometido trabajar en su propia comunidad. Juan acarició el cabello negro y abundante de su mujer, se sentó a su lado.

—¿Por qué te preocupas tanto? Si tú puedes estar conmigo, todo saldrá bien. En ti y en los niños pienso todo el tiempo. Manuel trabajará aquí, yo en Bajnabil; no escogí, así dispusieron las autoridades del INI.

A Catarina no le importó, acompañó a su marido. El canto de los gallos anunció el nuevo amanecer. Siguieron una vereda, cruzaron un arroyo, subieron por empinados terrenos montañosos. Después de subidas y bajadas, de sembradíos de milpas, de acachuales, llegaron a Bajnabil con las últimas luces del día. Un señor de canas, despeinado, de ojos negros, pero expresivos y agradables, sentado con las piernas abiertas y el trasero descansando en el suelo, esperaba en la entrada de la comunidad. Nomás vio llegar a

Juan, quitó su sombrero, bajó la cabeza, expresándole así su respeto. Tocó el cuerno de toro. Juntos se dirigieron a la casa de recibimiento. Estaban reunidos los habitantes de Bajnabil. Las mujeres con sus hijos, los más grandes sentados a su lado, los más chicos en sus piernas. Hicieron fiesta, comieron, bailaron al son del arpa y de la flauta. Los principales bebieron *chi'ilja'* hasta amanecer. Así Juan Soten se convirtió en promotor. Fue el hombre que escogió el INI para el cambio social; abrir el mundo al indígena, con mayor facilidad y menos problemas. Estaba obligado a ir cada mes cinco días a Jovel, para participar en cursos especiales del Instituto y terminar su sexto grado. Trabajó tres años, gozó de influencia y autoridad en Bajnabil.

Juan era feliz. Hacía cosquillas en las costillas de su mujer en la cama, se metía en su nagua para acalorarse, la piel de uno tocaba la piel del otro, cuando el padre sol comenzaba su viaje al inframundo. Nadie podía destruir aquel sentimiento, era un juego maravilloso. Querían gritar de gozo para que toda la comunidad supiera sus alegrías.



Después de tres años lo cambiaron de comunidad. Ya no llevó a Catarina, tenía dolores en todo el cuerpo debido a una caída. Necesitaba curarse de la pérdida de su espíritu, los dioses de la tierra mantenían prisionera su esencia, quedó en su casa con sus hijos. Le pidió a su esposo que dejara de ser promotor para estar juntos, tal como acordaron sus padres cuando se casaron. Pero él se acostumbró a su nuevo trabajo. Juan empezó a tener nuevos gustos. Usó zapatos y huaraches bien hechos. Compró collares, aretes, listones nuevos y de variados colores para su mujer. Dejó de usar *ch'ujpak'te'* (raíz de una planta, se usa para lavar ropa), compró jabón que nunca había usado. Llevó a su familia a Jovel. Adquirió un reloj, un radio y mejoró su casa. Sus uñas ya no guardaron tierras de cultivo. Algo ocurrió. Un día trajo un vestido floreado a su mujer.

—Mira —le dijo —está precioso, pón-telo, te verás bonita.

Catarina lo tomó en sus manos, se lo puso. Al verse vestida de otra forma rió, sintió que su alma se le escapaba del pecho.

—No, no, eso nunca, no me queda bien —replicó.



—¿Por qué no?, está bonito.

—No es posible, mi huipil me acarcia, me refresca. Este vestido no está hecho para mí: me rechaza, me hiere.

—Pero tu eres la mujer de un promotor.

—Sí, soy tu mujer, pero no quiere decir que sea diferente a las demás; aunque me iría a otro lugar, con el hombre que sea, me vestiré como siempre. Lo que recibí de mis padres, de mis abuelos, no lo cambiaré. Si uso este vestido, me preguntarían: “¿Qué hiciste con tu huipil, Catarina?”, no encontraré la forma de contestarles. Podré huir, esconderme, pero los espíritus de los antepasados me encontrarán, pedirán la misma explicación.

—¿Por qué te sigue asustando lo que te contaron de niña? Nadie te castigará, nadie te buscará.

—No es cierto. Mi huipil es toda una vida, me sonrío. Yo lo tejo, así me doy a conocer, soy una tejedora valiosa. Si me pongo este vestido, ¿qué haré con mi huso, con mi *komen*? Perderé la cuenta, dejaré de ser la dueña de la casa. Con este vestido sería absurdo conservar mi nombre Catarina

Xuch'ib, seré como una mata de milpa arrancada, abandonada con las raíces al sol. Mi tejido me escucha, conoce mi voz: habla, canta conmigo. Este vestido no me sonrío, carece de vida, de corazón. Si me quieres, no me arrebatas este gusto, respeta mi voluntad. Yo soy feliz con mi huipil. No trato de decepcionarte, te respeto, tú lo sabes.

Catarina, con sus dos trenzas largas y moños de listones anchos en las puntas, colgados dos hermosos aretes de sus orejas y manojos de collares alrededor de su cuello, sintió vergüenza de haber dicho esas palabras a su esposo.

—Está bien, si no te gusta, déjalo — contestó Juan después de un corto silencio.

A partir de entonces los labios sonrientes de Juan se volvieron crueles, burlescos, peligrosos. Ella se esforzó por complacerlo: lavó sus zapatos, coció sus tortillas, preparó su atol agrio, todo fue inútil. Sintió el impulso de coquetear por los cabellos y sacudirlo a gritos, pero se detuvo, su sentido de justicia aprendido de su madre no lo permitió. Juan dio espacio en su cabeza, en su corazón, en su sueño a las palabras de los *kaxlanes* que vinieron por él, se acostumbró

al cambio de vida, cayó fácilmente en confusiones con su existencia ancestral. Dejó de venir a su casa, ni siquiera mandó un mensaje. Catarina no supo si vivía o si su cuerpo se pudría en algún lugar. Tan acostumbrada con él, tuvo un presentimiento de muerte.

—¿Cómo está mi esposo?, dígame, por favor —suplicó un día al promotor Manuel, que había llegado de Jovel.

—No tengo nada que ver con tu esposo —contestó sin emoción.

—Ya sé que no es asunto tuyo —dijo ella con aparente calma —Pero es de mi marido de quien quiero saber. Hace semanas que no sé nada de él.

—Tu marido siguió a otra mujer.

Catarina quedó perpleja, como si hubiera visto al dios del inframundo. Un sollozo estuvo a punto de escapar de su garganta. No quiso saber más, se puso en camino, finalmente las lágrimas rodaron por sus mejillas, le dolió saber que su marido estaba con otra. Juan Soten siguió a una *kaxlan* de cara blanca y nalgas suaves. Así sepultó la felicidad de su familia, su casa quedó sin alma. Transcurrieron los días, los niños bajaban a



la casa de Manuel Ch'ixna, preguntaban por su padre.

—No se aflijan, vive, pronto regresará —al poco decía: —Está perdido, nadie sabe de él —luego, una esperanza: —Ya no está con esa mujer.

Catarina estuvo en constante congoja. Finalmente se acostumbró a esa vida de sobresaltos, después ya no le interesó si Juan Soten vivía o no. ¿De qué le servía llorar a un hombre que nunca regresaría? Mejor tener valentía, no entregar su corazón a la tristeza, es mala, hiere, acaba. El trabajo duro, constante, no le asustó. Aprendió a partir la leña a hachazos, empezó a trabajar igual que un varón.

Después de cinco años regresó Juan Soten. El sol alumbraba sin cesar, los pollos correteaban en el pequeño patio. Debajo de una sombra de mata de aguacate, Catarina tejía muy concentrada. Escuchó pasos de una persona, levantó la cabeza con suavidad, vio a un hombre, se espantó. Creyó estar en presencia de un fantasma, se le desorbitaron sus ojos.

—Quiero hablar contigo, Catarina, traigo cosas para ti y para los niños —dijo

Juan con una sonrisa de ternura, acariciando la cabeza de Catarina para demostrarle que estaba tan vivo como ella.

—No tienes nada qué decirme ni quiero regalo tuyo, vete de aquí —contestó con sus ojos descomunales, palpitaba su corazón de miedo.

Catarina no sintió alegría ni le dio gusto ver a Juan, ya no tenía espacio en su corazón para él. Suspendió su trabajo, se levantó con el machete del tejido en la mano, ¡pum! le asestó un golpe en la cabeza cuando paseaba sus ojos alrededor de ella, Juan aulló como un coyote hambriento.

—Me dijiste que por nada me dejarías, te pedí que me enseñaras a leer. ¿No fue eso lo que me dijiste? Eres promotor, enseñas a los niños, pero te burlaste de mí. Te crees grande porque sabes leer y escribir, pero yo no me siento insignificante. Quisiste arrancar mi huipil, despedazarlo, escupirlo y te fuiste con otra de vestido, pero te lo digo, mi huipil soy yo, es mío, me ayuda a no morir.

Catarina se sintió airada, fue capaz de dar el segundo golpe, no le importó dónde, quería descargar su furia guardada desde hacía tiempo.



–Cumplí mi obligación, nunca te falté respeto. Dime, ¿cuándo te fallé? Vete, no quiero volver a mirar tu cara, no quiero un centavo ni un regalo tuyo.

Juan tuvo miedo, sintió el tamaño del coraje de su mujer. Atontado, dio la vuelta, bajó por el camino por donde anduvieron alguna vez juntos y se perdió entre las matas de la milpa para nunca volver, su perro se fue ladrando tras él.

Catarina volvió a su labor, como si temiera perder demasiado tiempo. Desde niña ha sido buena tejedora. No se cansa y se siente alegre. Sintió un nudo en la garganta, apretó sus párpados, limpió con la mano las gotas de sus lágrimas. Nunca aprendió a leer.

K'atimbak, el reino de los muertos

El *k'atimbak* es la casa de los muertos, la morada de todas las almas. Ahí la vida cotidiana es como en la tierra, existe día y noche. Las almas juegan pelota, hacen bromas, las mujeres lavan, tejen, los niños lloran, piden chichi. El *Jch'ultatik*, padre sol, recorre ese lugar apartado.

Mi hijo se casó, quiso a su mujer; pero a ella le gustaban los hombres, mantuvo relación con un desconocido. Por acostarse con él recibía alimentos; mi hijo nunca le preguntó el origen de las cosas, sólo comía, trabajaba poco.

Un día fui a visitarlos, encontré a mi nuera Rosa acostada en su camastro. Se veía vieja y débil, tuve ganas de llorar, cayó en desgracia, le dio estreñimiento. Busqué raíz de epazote para evitar mayor sufrimiento. La herví, la colé y le di de tomar. Hice todo lo posible, sirvió poco. Tomó aire, habló entrecortadamente.

–Acérquese, por favor –me pidió.

Me senté a la orilla de la cama. Hizo movimientos como para relajarse, mirándome los ojos.

–Perdóname. No tengo nada que reprocharte. Te agradezco lo que haces por mí, ya debo morir –dijo con voz apenas oíble.

Sus palabras me provocaron sollozos, pretendió mostrar su arrepentimiento. Agarró mi mano, la puso sobre su frente, una sonrisa aparecía en sus labios, pero no podía evitar su respiración entrecortada. Pidió agua de pozol, ya no la tomó. Se hizo un silencio ominoso, cerró los ojos, dejó de respirar.

Las muertes no dejan nada, sólo tristeza. Mi hijo Andrés enloqueció de desesperación; una tarde fría y anublada se adentró en el panteón. Nadie se acerca solo a un cementerio, no es bueno pasar por la comarca de los espíritus. Si son molestados se incomodan, castigan, entran en el cuerpo de los vivos, se apoderan de la voluntad, provocan enfermedad, también la muerte. Sólo un trastornado se aventuraría. Angustiado, confuso, postrado ante la tumba, lloró sin consuelo. De pronto alguien se paró enfrente, Andrés levantó la vista, vio con admiración a una mujer sonriente, de cabello negro y

largo. Era la *pajk'inte'*, la hembra que tiene dos sexos, de hombre y de mujer. Bella con su huipil limpio, nagua larga, collar grueso, listones multicolores y aretes redondos. Mi hijo quedó asombrado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la *pajk'inte'*.

—Busco a mi mujer —respondió Andrés, limpiándose la humedad de sus ojos.

—¿Cómo era ella?

—Sus pantorrillas son gruesas y carnosas. Tiene la nariz chata, los labios gruesos, hermosos. Es gordita, de cara redonda y morena.

—Sé dónde está, ¿quieres verla?

—Sí, la quiero ver. Enséñame el camino, te lo suplico. Haré lo que me digas, por favor, llévame con ella.

—Está bien, ya no llores. Acuéstate boca arriba, no te haré nada malo, sólo vamos a jugar un poco.

La *pajk'inte'* abrió las piernas, se sentó encima, tocó la cara de Andrés con sus dedos fuertes y calientes. Restregó su sexo contra el sexo de él, más y más aprisa. Se escuchó una misteriosa excitación de gemidos y jadeos, hasta que satisfizo su placer soltó un



grito sordo, que no salió de ella, sino del fondo mismo de la tumba. En seguida se puso de pie, tomó de la mano a mi hijo, se dirigieron a lo alto de la sierra fría y húmeda. Siguiéron su andar, llegaron a un camino bajo tierra, quebrado, lleno de hoyos. Descendieron hasta encontrar un río en medio de dos barrancos. Lo cruzaron con la ayuda de un perro negro que los esperaba en la orilla. Llegaron a un cruce de cuatro caminos, se detuvieron. Surgió una voz: “Yo soy el sendero que llega al reino de los muertos”. Tomaron ese camino, salieron a un campo lleno de pastos verdes, arroyos cristalinos y árboles de ocote.

—Por acá vive tu mujer, búscala —dijo la *pajk'inte'*, se alejó carcajeando.

Mi hijo observó con miedo a su alrededor, justo cuando el día despuntaba.

—¿Hay alguien?! —preguntó con voz entrecortada.

Nadie contestó. Caminó sin rumbo fijo.

—¡Soy yo, Andrés! —clamó de nuevo, su voz rebotó en el paredón de la montaña, multiplicándose hasta perderse.

No escuchó los pasos de un hombre detrás de él, le causó miedo cuando tocó su hombro, tenía el rostro enjuto, pareciera padecer de hambre, resaltaban sus huesos. Andrés sintió fallar sus piernas, retrocedió asustado.

—¿De dónde vienes? —le preguntaron.

—Soy de Oxchuc.

—Es extraña tu cara. Tus compañeros muertos no se parecen a ti.

Con eso le bastó a mi hijo Andrés para temblar de susto, él estaba vivo.

—No estoy muerto, vine entero —contestó titubeando.

—Entonces, ¿cómo pudo suceder esta cosa? ¿Qué te trajo aquí?

—Estoy buscando a mi mujer, murió hace una semana.

—El reino de Jun Kame, padre y soberano del inframundo, es un lugar peligroso. Los asientos son de piedra caliente, las casas son de oscuridad y frío. Los huesos de tus compañeros muertos sirven para calentarlas.

—Por favor, dime qué debo hacer. No traje pozol ni tortillas para este viaje.

—Está bien, sígueme. Trabajarás primero para el reino de Jun Kame.

Lo siguió, escuchó con claridad que alguien caminaba a sus espaldas, volteó rápidamente, no vio nada, eso le espantó mucho.

—Te prohíbo mirar hacia atrás. Hablaste conmigo, por tanto me sigues a mí —dijo molesto el hombre.

—Dime quién eres, haré lo que me pidas.

—Soy el mensajero del príncipe del *k'atimbak*, el campanero, el despertador de las almas. Ve a buscar primero una mula, trae leña con ella.

Mi hijo se dirigió al campo, pensó que por ahí encontraría a la bestia, pero no. Pasó por un arroyo cristalino, vio mujeres de espaldas lavando ropa sobre una piedra grande, redonda, carcajeando por sus pláticas.

—Yo soy una perniabierta, me emociona ver la verga de mi amante, la agarro, gozo cuando está a punto de metérmela, parecería cobrar vida, convertirse en una serpiente lista para atacar.

Otra dijo a una tercera.

—¿Por qué te callas? Hacías lo mismo, no debes avergonzarte; alzabas tu nagua, mostrabas tus piernas. Una vez te vi en el



monte, los testículos de tu amante iban y venían delante de tu culo. Gemías de gusto.

—Tú también —contestó la tercera —un día te vi con un hombre, se metieron entre los matorrales. Cortaron ramas, hicieron un lecho para no llenarte de tierra el pelo; el hombre mamó tus pechos, tú jadeabas fuertemente; mientras su mano dura, rasposa por las espinas de la rozadura, se movía como un saltamontes entre tus piernas, refregando tu parte tierna. Después su peso comenzó a aplastar tus huesos.

Andrés sintió pena, lo miraron de reojo, regresó con el mensajero.

—No vi ninguna mula, sólo mujeres lavando en el arroyo.

—Son ellas las mulas, pregunta a quién le toca servir este día. Le chiflas tres veces, se convertirá en un animal. Llévala a cargar leña.

Regresó, ahí seguían las mujeres, felices.

—¿A quién buscas? —le preguntaron.

—Busco a la mula.

Nadie contestó, se miraron entre ellas.

—Soy yo, para qué me quieres —dijo una después de un silencio.

—Te llama el mensajero de Jun Kame; irás a cargar leña.

—Está bien, llévame contigo.

Le chifló tres veces, se convirtió en mula. Fueron a cargar leña, pero leña de huesos. La mula no caminó de prisa, parecía no aguantar el peso, la aguijoneó con la punta del palo para que caminara con prontitud. Sus ancas quedaron cubiertas de sangre. No hubo misericordia ni piedad. Entregó la leña, la mula se fue trastabillando con sus patas cansadas, justo cuando el generoso padre sol terminaba su paseo por el firmamento en la morada de los muertos.

—Tu esposa se encuentra en aquella casa —dijo el mensajero de Jun Kame.

Mi hijo se llenó de alegría, trotó rumbo al lugar indicado. Ahí encontró a una mujer sentada, llorando, limpiando sus heridas con un trapo. Ardía levemente una fogata en el centro de la habitación, hervía agua en una pequeña caldera.

—¿Porqué me maltrataste? Mira lo que me hiciste. Soy yo, tu mujer.



Mi hijo quedó sorprendido. Parado frente a ella reconoció a Rosa. No supo qué decir, quedó paralizado de susto.

—¿Por qué viniste?, no debiste dejar el mundo de los hombres.

—Te extraño mucho —dijo balbuciendo.

—Aún no es tu lugar aquí, llegará el tiempo. Por ahora regresa.

Mi hijo se puso en cuclillas, ayudó a limpiar las heridas de su mujer, sus lágrimas cayeron una a una. No quiso regresar a la vida, rogó quedarse con ella. Pronto oscureció. Llegó el momento de dormir.

—Lo siento Andrés, no puedo hacer nada para complacerte, nunca he sentido tanta tristeza como ahora. Aquí no es igual como en la vida. Me regañarán, me castigarán, aumentará mi delito si me acuesto contigo.

—No, no puedo dejarte aquí sola, yo te acompañaré.

—Créeme, Andrés, puedes dormir en el rincón, lleva este petate, extiéndelo, allí dormirás. Mañana temprano lo enrollas, lo pones aquí, te irás.



Se acostó, pero el frío era intenso, quiso sentir el calor del cuerpo de su mujer. Se levantó a media noche, fue directo donde dormía ella. Alzó la cobija, quiso tocarla, sólo encontró huesos y un olor putrefacto. Se espantó por la horrible apariencia de Rosa, en su cara no quedaba rastro de carne, gritó atterradoramente de miedo.

—¡Cállate!, pueden escucharte. Se acabó tu tiempo, es hora de regresar.

—¿Quién está haciendo ruido? —preguntó alguien.

—El visitante de la mula —contestó un alma.

—¡Qué espere! ¡Qué espere!, pronto vendrá con nosotras para molestarnos —amenazaron todas las almas.

—¡Regresa, regresa por donde viniste! Sacude tus pies, te irás inmediatamente cuando amanezca. Nunca debes contarle a nadie lo que viste aquí en el *k'atimbak*. Jun Kame, el dios de la muerte, aparece en todas partes. Toma forma de animales horrendos, de personas sin cabeza, no podrás contra él.

—¿Qué pasará contigo? —preguntó Andrés.

—Yo me quedaré, esta es mi casa, regresa a la tuya.

Andrés no esperó más, despuntando el sol caminó hacia el mundo de los vivos. Llegó temblando de miedo a mi casa, apenas pudo contar su estancia en el *k'atimbak*. Después se acostó para dormir. Soñó a Jun Kame.

—¿Por qué contaste lo que viste en mi reino? —preguntó el padre y soberano del mundo de los muertos, molesto por la revelación de su reinado.

—No pude esconder el secreto.

—Pues terminaron tus días, morirás.

Mi hijo despertó sobresaltado, como si alguien lo hubiera sacudido. No era su costumbre despertar así. No pudo vencer el poder de Jun Kame, enfermó, a los pocos días murió. Comenzó su viaje a la morada de los muertos, se encontró con el mensajero del príncipe del *k'atimbak*, el campanero, el despertador de las almas.

El servidor del pueblo

No lo pidió, no lo buscó, el pueblo lo eligió.

Los perros ladraron, Mariano Jolchij escuchó la voz de un hombre llamando por su nombre. Se levantó sobresaltado. Al abrir la puerta de su casa vio parados a cinco emisarios, vestidos con sus huipiles de gala, sombreros de palma y caites de cuero, llevaban sus bastones. Quedó desconcertado, no estaba preparado para recibirlos, la presencia de ellos le asustó. Inclino su cabeza, así demostró su respeto. Ofreció descanso para reponer sus agotados cuerpos de los principales.

Su mujer se levantó conmovida, se puso a cocinar. Después puso agua al *bojch'* para que se lavaran los principales. Sirvió comida, llenaron sus barrigas con un succulento chile molido hervido. En seguida el *Ch'uy k'a'al*, mediador entre los hombres y los seres divinos, guardián de las palabras y de la memoria de los ancestros, consejero de los

hombres para sobrevivir sólo con la madre tierra, dijo:

—Venimos, nos acordamos de ti, te hemos elegido presidente municipal durante este año. No lo desprecies, tienes ojos y oídos abiertos.

Mariano no supo qué contestar. Nació temor en él, dispuesto a escapar de los principales cuanto antes. Pensó morir pronto para alimentar a la madre tierra. Fijó la vista en el suelo. En un intento desesperado de no perder el ánimo, murmuró:

—No sé hablar, no sé arreglar, todavía no soy viejo. Busquen a otra persona — contestó entrecortadamente, con los labios temblando.

Las miradas concentradas de los principales le provocaron miedo. Son las almas y pilares del pueblo, depende de ellos la fortaleza de las generaciones, los obedecen, sin ellos quedarían a la deriva.

—Es cierto, estás joven, no hay nada malo en eso. Tu cumples con honor tus obligaciones. Trabajas la milpa, respetas a tus mayores, mantienes con dignidad tu linaje. Eres un hombre de paz, sabemos de tu nobleza y valentía. Lo tienes todo, lo que nos



hace juzgarte como un hombre listo, merecedor de respeto –replicó el *Ch'uy k'a'al*.

–Así será, pero no estoy preparado para servir al pueblo –balbuceó Mariano, mirando tímidamente a la cara de los principales.

–Honorable Mariano Jolchij, tú eres fuerte, estás mejor preparado de lo que crees.

–No, no es cierto. Aquí estoy bien en mi casa.

–Está bien, pero no nos trates así –sentenció el *Ch'uy k'a'al*.

Mariano cayó de rodillas con los ojos llorosos, postrándose ante los emisarios del pueblo, pidió comprensión. Intentó levantar la vista, pero ante la mirada de los principales desistió de inmediato. Así quedó un rato, hasta que surgió una voz.

–¡Levántate!

Obedeció, se mantuvo por debajo de la altura de los principales. Las voces de éstos son poderosas como el trueno, intimidan. En verdad los principales se veían formidables con sus atuendos, parecían los antiguos dioses que poblaron al principio estas

tierras, formadores y creadores de las personas.

–Huiré, me esconderé en alguna finca, regresaré hasta que haya pasado todo –dijo Mariano aún con los ojos llorosos.

–¿Por qué piensas huirte?

–Los chismes, las riñas, los adulterios, los robos, los homicidios, las acusaciones de brujería, me infunden temor, puedo equivocarme al tomar decisiones. Y las obligaciones incumplidas aplastan, arruinan, deshonran a la familia.

–No son motivos de rechazo. Tu andas con el alma en paz, posees gran sabiduría. Piénsalo, vendremos de nuevo.

Mariano quedó como un tambor hueco al que golpea la vida. Habló con los hombres de su paraje, pidió consejo, palabra de alegría. A la semana los principales llegaron otra vez. Mariano no soportó ver el cuerpo erguido de ellos: son los que mandan, impone respeto su sabiduría. Despreciar el mandato era signo de desobediencia, motivo de burlas y desprecio.

–No tienes otra elección. Tu corazón es puro, libre de malas intenciones. Pronto serás el padre de todos –dijo el *Ch'uy k'a'al*.



Mariano era un hombre entero, acostumbrado al trabajo, con sus treintaicinco años no estaría dispuesto a sacrificar lo alcanzado ni arriesgarse a cometer alguna imprudencia. Sirvieron las copas de aguardiente, era un honor beber con los principales. Mariano se preparó para recibir el cargo, así lo disponía el Departamento de Protección Indígena que puso en manos de los tseltales de Oxchuc la presidencia municipal. El sería el tercer servidor del pueblo.

—¿Me quieres como a ti te quiero? —le preguntó a su mujer cuando faltaban cinco días para ocupar la silla del cabildo.

—Sí, te quiero —contestó ella cuando desataba su faja para acostarse.

Mariano acarició los pechos, el vientre y levantó la nagua de su mujer. Despertó en él un apetito que comenzó a crecer.

—Dámelo —dijo después cuando su animal despertó de su sueño.

—No, porque debes guardar los días —aseveró la mujer.

—Tu eres mi mujer.

—Sí, pero ahora no. Morirán tus hijos o se pudrirán tus testículos si no cumples el mandato de los primeros padres. El hombre

que sirve no debe tener trato con la mujer. A partir de mañana sólo comerás un poco de chile molido y beberás un poco de atole simple. Purificarás tu cuerpo y tu alma.

Mariano calló, fue obligado al ayuno y a la abstinencia para la purificación espiritual durante cinco días antes y después de recibir el cargo; la violación de la naturaleza de la ceremonia elimina la pureza. La condición debe cumplirse fielmente.

Llegó la media noche del último día del último mes de ese año, los principales se dirigieron a la casa del nuevo presidente. Fueron por él. El *Ch'uy k'a'al* amarró un pañuelo blanco alrededor del cuello de Mariano, lo llevó jalando a la sala de recepción. Este se arrodilló, inclinó humildemente su cabeza ante el *Kajwaltik*.

—Este bastón lo usaron los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos. Aquí está para que lo lleves por los caminos y sepan quién eres. Tú tienes valor en el corazón, talento en la cabeza. No tengas miedo de ir, de llegar, de sentarte en este lugar. En ninguna parte serás insolente con la gente, así te mostrarán gratitud, así te verán con respeto. Tu boca no dirá ninguna palabra mala. Este



bastón estará mejor en tus manos, tómalo – dijo el *Ch'uy k'a'al*.

Mariano agarró y besó con gesto de respeto el bastón de madera con empuñadura de plata y listones colgantes. El *Ch'uy k'a'al* se hincó, rezó frente a la santa cruz, frente al *kajwaltik*. No pidió nada para él, sólo bendición, salud, respeto y prosperidad para su pueblo. Ordenó una copa de *pox*, el alimento de los dioses, lo bebió de un sólo sorbo. Pidió para el presidente, éste vació el contenido de un trago. Le limpiaron la boca, señal de claridad. Los presentes tomaron grandes sorbos hasta que no quedó nadie sobrio.

–Estarás al amanecer, al mediodía, al ponerse el sol, a medianoche. Aquí te quedarás, aquí dormirás, aquí beberás. No harás nada que produzca vergüenza. Nunca abusarás de tu poder. Tu eres una persona decente y de buena memoria. Si haces algo malo nunca te perdonarán. Cumple tu deber aunque resulte doloroso –replicó nuevamente el *Ch'uy k'a'al*.

Mariano movió la cabeza diciendo si, si. Se levantó, se sentó en una silla de madera. A ambos lados alzaban ramas de ocote,



orquídeas colgadas, juncias sobre el suelo, velas alumbrando la noche. Le pusieron su collar de crucifijo, símbolo de potencia y valor. Era verdaderamente un soberano por su atuendo, parecía un hombre enorme. Las mujeres se formaron detrás de la corte masculina, vestidas con sus huipiles de gala, naguas azules, trenzados los cabellos con vistosos listones de colores. Algunas sostenían a sus bebés en brazos, otras los llevaban sobre la espalda. El cohetero coronó el cielo con una salva.

Cambió el año, cambió la autoridad. Tras esto, su mujer rompió a llorar, ocultó su cara entre las manos. Sabía de la gran responsabilidad, sintió preocupación. Mariano levantó la mirada, alcanzó a ver a la mujer limpiándose los ojos con la mano, se acercó a ella, pidió calma y paciencia. Se arrinconaron en una esquina de la casa de recepción.

–¡Dios mío, qué vergüenza! ¿Cómo le vamos a hacer? No tenemos dinero, no tenemos maíz, ¿quién sembrará la milpa? No hay quien alimente a las gallinas, ni quien junte los huevos. ¿De qué vamos a vivir? –dijo la mujer en voz baja.

–Pero ya soy presidente. Aquí está mi bastón –lo empuñó con fuerza –ahora ya puedo dar justicia y castigar a los renuentes – contestó el nuevo presidente.

–Así será. ¿Quién mantendrá a tus hijos?

–Soy hombre de Oxchuc, estoy obligado a prestar mi servicio. Estarás conmigo, dejaremos nuestra casa durante un año, viviremos aquí, en una de estas habitaciones construidas especialmente para los servidores. No ganaré ni un centavo, pero serviré con gusto, cuenta mi trabajo. Hablaré a mis parientes, pediré ayuda para mi milpa, para mi leña, solamente así lograré cumplir con honor y dignidad mi cargo. Este bastón representa mucho para mi linaje.

En seguida sacó entre los pliegues de su manto un cigarro hecho de hoja de tabaco, lo encendió y lo fumó.

–Fiesta, música, comida –ordenó la boca real.

Se levantaron, se dirigieron a la casa de la comida, adornada con puntas de pino, hojas de palma y en la entrada un arco de geranios y rosas. El suelo y la mesa de tablas sostenida por cuatro palos enterrados esta-

ban cubiertos de juncias. Comieron con sumo cuidado, hasta dejar los platos limpios. No tiraron ninguna migaja. Todo lo que había de alimento en ese momento era bendito. Se respetaron el orden de las personas, primero los dignatarios, después los asistentes. Las mujeres se reunieron en una esquina de la casa, ahí comieron con su *bojch'*. Los principales bebieron *pox* hasta el amanecer.

Antes que el sol alumbrara el nuevo presidente se vistió impecablemente con su huipil de gala, cubrió su cabeza con una limpia manta blanca, señal de rectitud. Se dirigió a la iglesia acompañado de los principales y sus colaboradores. *El Ch'uy k'a'al* sembró las trece velas, puso los trece manojos de juncia, los trece pumpitos de tabaco molido con cal junto al altar. Se arrodillaron frente a la imagen del santo patrono del pueblo. *El Ch'uy k'a'al* movió el incensario humeante con las manos extendidas, suplicó a Santo Tomás:

–Que no se cansen sus pies, sus manos, que no provoque vergüenza. Acompáñalo por los caminos donde vaya. Santo Tomás ayúdalo en su cargo, no lo dejes solo. Te dará culto con su mujer, con sus hijos.



El *Ch'uy k'a'al* besó el suelo, puso el oído, escuchó el latido del corazón de la madre tierra. Pidió una copa de *pax*, lanzó una bocanada al suelo. Se levantó, movió su sonaja, con sus pies dio golpes tentativos como para establecer el tono y entrar en calor; enseguida se sumaron los demás, comenzaron sus danzas. Los cuerpos se movieron al compás de los pies. Parecían no resistir la seducción de la música que implantaron los primeros padres. El arpa, la sonaja, la flauta, la guitarra adquirieron vida, expresaron voces de la naturaleza, reiterando su respeto, algunas delicadas como el salto del venado, el chasquear de los labios del mico de noche, otras profundas como el aullido del coyote o el rugido del felino, unas más potentes como el trueno. Son las voces de la madre tierra, llenas de gracia y emoción. Las mujeres en fila balancearon sus naguas, movieron los pies desnudos al ritmo de la música. Algunos embriagados se pusieron a bailar también. El medidor de trago sirvió a los presentes, usó la misma copa, indicio de igualdad. Ante una señal que solamente ellos percibieron, los músicos dejaron de tocar, el baile se detuvo. Las mujeres y los hombres

se agruparon y retrocedieron hacia sus lugares. Sólo el sudor que corría por la frente indicaba que danzaron. Mariano escuchó con el corazón abierto el consejo del *Ch'uy k'a'al*.

—Cuando los dioses de este mundo endurecen sus corazones castigan en verdad. No lloverá, el sol se detendrá, la lluvia se acumulará en otro lado. No brotará el maíz con sus hermosas cañas. No habrá verduras, el pueblo tendrá hambre. Para tocar la nobleza de sus corazones, aliméntalos con velas, incienso y cohetes, dales de beber, de comer; así tus súplicas llegarán a donde deberán de llegar, porque los *pukujetik* están en el aire que respiramos, descansan entre las neblinas, esperan el momento oportuno para atacar. Nosotros no podemos sobrevivir sin estas ceremonias.

Mariano se levantó alegremente, se acercó a su mujer y le susurró en su oído.

—No te preocupes. El bastón nos nutre el alma, nos da vigor y fuerza porque encarna el espíritu de nuestro pueblo. Serviremos bien, así evitaremos caer en la maldición de los dioses de la madre tierra. El trabajo es nuestra historia.



Todo cambió

Yo ignoro muchas cosas. Lo que poseo, lo que sé, lo he ido recogiendo aquí y allá, bajo la exigencia de existir. Nunca fui a la escuela, no había. Mis padres trabajaron de peones en la hacienda de Ti'akil, no tenían otro lugar a dónde ir, fueron hijos de peones. Hablaron únicamente la lengua de nuestros antepasados, nunca supieron cuántos años vivieron.

Cansados de estar bajo las órdenes del amo compraron Ti'akil, la tierra de los antepasados que despojaron los hacendados. Los *kaxlanes* nos despreciaban profundamente; nos vendían cosas descompuestas, nos acusaban de robo, nos obligaban a besar sus manos en señal de sumisión. Nadie los tocaba, si ocurría por casualidad, se pagaba con azote o con días de trabajo. El peso de la injusticia caía sobre nosotros como esos aguaceros bruscos que dejan empapado y calado el cuerpo al instante. Un día llegó un hombre que nadie había visto, justo cuando

terminaba nuestra reunión. Todos quedamos asombrados.

—Buenos días, señores —dijo en castilla —Soy Priciano Castellanos, maestro comisionado a esta comunidad.

Se presentó, estrechó la mano a todos.

—¿Cómo llegó usted hasta aquí? —le pregunté.

—A pie, con la ayuda de unos arrieros.

Es *kaxlan*, nacido en Jovel. Apenas terminó su estudio lo mandaron aquí. Abrió su maleta, sacó unos libros, los apiló en el suelo. Nos agrupamos alrededor de él. Esos libros nada significaban para nosotros. Traía el retrato del presidente de México, Miguel Alemán, un hombre desconocido en la comunidad. Nos puso a trabajar. Hicimos la primera escuela de paja, con sus ventanitas y su patio, que sirvió como cancha de básquetbol. A nuestros hijos les enseñó a leer y a escribir. Hizo fiesta, nos gustó su labor, nos dio esperanza. Mi hija María, con sus chichis virginales, estaba convirtiéndose mujer, no se hallaba lista para el comal, la metí a la escuela. Era el mejor regalo para ella, igual que

cuando mi padre me compró mi primera coa para sobrevivir.

El maestro nombró el primer comité de la escuela, me tocó a mí. Hicieron mi milpa, cortaron mi leña, así compensaron mi servicio durante tres años. Iba yo a Jovel a alcanzar y a dejar al maestro, el viaje de hoy de una hora por carretera, era un sacrificio, tomaba un día completo a pie. No me importó, procuré que el maestro estuviera contento entre nosotros.

Un día, sentado, viendo la lenta agonía de la tarde, mi mujer se acercó y se sentó sobre un trozo de madera. Bajó los ojos, se puso a pensar, mientras pasaba un peine de madera en su pelo largo y negro. Después levantó la mirada con humildad, como pidiendo permiso para hablarme.

—Nuestra hija ha estado mal. No alcanza a tragarse la comida, está vomitando. Va perdiendo interés en su alimento —dijo con pesadumbre

Pensé que la enfermedad de mi hija no era del cuerpo, sino del alma, pronto traje a mi mente el comportamiento de los *K'ulubetik*, ellos no querían la escuela y podrían provocar enfermedad. No aceptaron al



maestro, sintieron miedo, coraje por su presencia. Eran pocos, pero capaces de detener el funcionamiento de la escuela. Traté de convencerlos, se pusieron como troncos secos y duros. No deseé jamás hacerles daño, mi única aspiración era plantar una semilla nueva que reverdeciera este lugar, la escuela era desconocida.

—Llamaré a mi viejo tío, la pulsará, así sabremos el origen de su mal —le contesté, mientras mi hija atizaba el fuego.

—No, no sufre de una enfermedad verdadera —contestó con mirada triste.

—¡Pero qué puede ser, dime!

Sus ojos se ensombrecieron.

—No está en sus días, se le engrosó la cintura, en su vientre carga el peso de una nueva vida —dijo sin mirarme a los ojos.

Me puse de pie de un salto, mi habitual calma se vio alterada, tuve dificultades para respirar bien. Mi hija, sentada junto al fuego, palideció al oírlo, su pozol se desparrramó en el suelo al caer su jícara.

—¿Qué hiciste, dime? —le pregunté encolerizado.

Rompió a llorar, sus lágrimas cayeron una a una, limpiándose con el rebozo que

llevaba siempre encima. Se levantó, molió el nixtamal para las tortillas de la noche. No me aguanté, me acerqué a ella, le di un par de manotazos en la cara.

—Dime, ¿quién es el hombre con quién te metiste? —le pregunté.

Mi mujer guardó silencio, su mirada de tristeza y lástima pidieron paciencia. La vi limpiarse sus ojos con la parte posterior de la mano.

—¿Quién es ese hombre? —grité.

—El maestro Priciano me mandó llamar para que sacudiera su cama, cuando me acerqué me agarró con sus manos, me echó a la cama, no pude escaparme —dijo entre lágrimas y sollozos.

Al escuchar el nombre del maestro Priciano sentí que algo en el fondo de mí se abría y explotaba en pedazos, me sacudió por completo. Aquí el matrimonio era obligatorio, los padres, los parientes atestiguaban la unión. Dejé de ser lo que soy. Agarré mi machete filoso, lo golpeé sobre una piedra, su tintineó se oyó sordamente. Mi mujer se levantó espantada, se interpuso en mi camino, pero la aventé de un empujón. Mi coraje



pudo más que la voluntad de ella. Oí la voz fuerte de un hombre a mi espalda.

—¿A dónde vas con tu machete?

Volteé a ver, era mi hermano Miguel. Vino a mi casa para ponernos de acuerdo sobre el mojón de nuestro terreno, me encontró con el machete empuñado.

—En busca del maestro Priciano, ultrajó a mi hija. Estoy dispuesto a matarlo. Si quiere pelear con machete, yo tengo el mío.

Avanzó para entorpecerme, no fue necesario. Su mirada tuvo el poder de calmar mis ánimos como obra de *Kajkanatik*.

—Mira, hermano —me dijo —el maestro no es cualquier persona, es un *kaxlan*. Sí, es un *kaxlan*. Cuando sepan de su muerte, parientes, amigos y conocidos pedirán justicia y tú irás a la cárcel por muchos años.

—No me importa, habré saciado mi coraje.

—Pero tienes mujer, hijos que mantener. Los *kaxlanes* del pueblo vendrán y quitarán nuestra tierra. Nos obligarán con azote a cultivar para ellos. Si resistimos, dispararán, somos hombres muertos. Así son, dejan

rastro de desperdicio. Tu asunto se solucionará, tú no eres culpable de nada.

—Así lo dices tú porque no es tu hija.

—Pero tu eres el comité, tienes la obligación de cuidar al maestro.

El fuego del coraje me consumía por dentro. Yo estaba dispuesto a todo, con tal de demostrar mi fuerza.

—Por favor, déjame, necesito pensar toda la noche para saber qué haré —dije después de un rato de silencio. Mi hermano suspiró aliviado.

Entró la noche con las luces de las luciérnagas. Mi hermano regresó, me pidió que no usara mi machete contra nadie. Ahí me quedé, esperando mi destino. La oscuridad comenzó a reinar. No supe cómo, pero surgieron los primeros colores del amanecer, asomó mi hermano.

—¡Vamos! Te acompaño a hablar al maestro Priciano —me dijo con sus ojos nublados por el dolor.

—No, no me atrevo a hablar con ese hombre. Puse mi confianza en él, no podía hacerme esto, es una humillación —le contes-té.



—Pero algo tenemos que hacer, hermano. Debes salir al encuentro con tu problema antes de que sea demasiado tarde —me dijo con voz preocupada.

Temió algo de mí, no quiso que yo provocara un incendio que me quemaría para siempre, mi soledad sería más pesada que un bulto de maíz sobre mi espalda.

—Tomaré tus consejos —le contesté para serenarlo —Pondré mi queja con el *Jatikmandón*.

El *Jatikmandón* es el corazón de la comunidad de Tí'akil. Se sabe de su autoridad, pero no goza de ningún privilegio ni posee más bienes que otro, vivía en igualdad de circunstancias. Era el verdadero Señor, el responsable del bienestar de la comunidad. Las diferencias que surgían entre nosotros eran sometidas a su juicio.

Nos pusimos en camino. Mi apetito de venganza adelgazaba, pero no desaparecía. Llegamos a su casa. Lucían frutos de durazno, jiloteaban en verde montaña los maizales; guajolotes y gallinas rondaban por el patio en busca de granos de maíz. El *Jatikmandón*, vestido de calzón y camisa de manta, descubiertos los pies como lo había

hecho toda su vida, nos recibió y escuchó mis palabras. Después, meditó. Tal vez recordó a los abuelos que sufrieron de la misma forma por los patrones y los hijos de ellos.

—¿Qué quieres de mí? —me preguntó después de un corto silencio.

—Ayuda para el momento de mi vida —le contesté.

—Si fuera de aquí el que embarazó a tu hija, le ordenaría que se casara con ella, trabajaría para ti. Pero al maestro Priciano no lo podemos reconocer como pariente, no caza, no siembra, no aprecia el gruñir de los puercos, el cacarear de las gallinas, el ladrido de los perros, el grito jubiloso de los niños, el sonido de las manos de nuestras mujeres al hacer las tortillas, el zumbar de los árboles, el canturrear del viento que se mezcla para formar el único canto en este Tí'akil. Desde el principio lo reverenciamos; pero él no se tocó el corazón, mancilló no a tu hija sino a nuestra hija, eso nos afectará a todos.

Se comprometió a arreglar al siguiente día. Antes de la puesta del sol bajé por la vereda, sin temor a nada. Me acompañó mi hermano, mi mujer y mi hija; ante los ojos



curiosos de mirones anunciaron nuestra llegada a la casa donde se deciden los asuntos.

El *Jtatikmandón* llamó al maestro Priciano, éste descansaba en la choza donde se apoderó de la virginidad de mi hija. Llegó como si no hubiera pasado nada, se sentó junto al *Jtatikmandón*.

—Estoy aquí —le dije al *Jtatikmandón*.

—Vengo a pedirte ayuda. Clamo justicia por mi hija. Quiero que me escuches, mi señor autoridad.

—¿Cuál justicia? Su hija me provocó, ella se tendió sobre mi cama, levantó su nagua. Soy el maestro de esta comunidad. Sólo obedezco órdenes de mis jefes superiores —dijo Priciano de forma altanera.

El *Jtatikmandón* inclinó su cabeza, guardó silencio, no supo qué decir, pareciera haber perdido el habla.

—¡Esto es culpa tuya, Cristóbal Ts'ej! Por ser un mal padre y por andarse metiendo tu hija con el maestro —sentenció después.

Quedé aterrorizado por el giro que tomó mi asunto, me pareció una idea tonta del *Jtatikmandón*. Dije tartamudeando:

—No entiendo. ¿Le parece poco lo que le hicieron a mi hija, *Jtatikmandón*?

—No lo sé, pero aquí las órdenes las doy yo —bramó con dureza, indicando la última palabra que jamás había empleado.

Con el ánimo destrozado me levanté. Mis acompañantes hicieron lo mismo, desocupamos el lugar. Caminamos rumbo a mi casa, sometidos por la fuerza de nuestros valores. Estando allí, mi hija se metió entre los brazos de su madre, lloró largamente. Sentí su llanto como si estuviera exprimiendo la última gota de su sangre, porque el maestro Priciano mintió. No dormí, un dolor intenso en el alma me lo impidió.

Al otro día, cuando recibía el primer baño de luz, dispuesto a iniciar mis labores, miré por la vereda que sube a mi casa, vi aparecer al *Jtatikmandón*, señor de canas, su andar parecía el de un joven a pesar de sus años. Esperé, recordando la dureza con la que me trató. Llegó, quitó su sombrero, expresándome así su respeto. Lo invité a pasar. Se sentó junto a la lumbre. Apretó los dientes, movió las mandíbulas como si estuviera triturando semillas de maíz. Su cara se tornó severa, dijo:



–Puedo mandar a mis *okil k'abiletik* para que agarren al maestro. Lo traerán amarrado y desnudo para que le de vergüenza y no vuelva a cometer el mismo delito. Pero atraerá atención sobre nosotros. Las autoridades del pueblo no consideran en nada nuestros deseos. Si abandono mi responsabilidad, todo habrá cambiado. Nuestras familias se separarán. Ti'akil dejará de ser nuestro hogar, será un terreno más para los *kaxlanes*, donde trabajaremos duramente, sin poseer nada. Olvidaremos a nuestros hijos, el capataz nos vigilará, si perdemos tiempo, nos azotará. Ya nada será igual.

–Es cierto, no podemos cometer ese error.

El *Jtaticmandón* respiró profundamente y agregó:

–Vivimos enfermos de miedo, han destruido nuestra persona, pero no estamos perdidos. Siendo poseedores de Ti'akil somos libres.

Sentados junto a la lumbre mi mujer puso las tortillas en las brasas, las movió de un lado a otro para calentarlas, pasó una mesa con un plato de arcilla con frijoles negros.

El *Jtaticmandón* lavó las manos, agarró una tortilla, se puso a comer.

–Lo que pasó con el maestro nos preocupa, nos entristece y nos hiera. Mi alma llora. Pensemos en los hijos, no hemos de vivir para siempre –dijo después de morder chile verde para darle sabor a su comida –Tú eres un hombre que vale, Cristóbal Ts'ej, has demostrado humildad y sabiduría, te pido perdón por mis malos actos –sentenció después de una pausa. Se levantó, me besó la mano. Después se despidió, volvió a su casa.

Los *kaxlanes* han hecho difícil nuestra existencia. La escuela no se cerró, pero nació desconfianza. Priciano se fue a la semana, mandaron otro maestro. Los padres no registraron a sus hijas, algunos hasta vistieron de niñas a los niños para que no asistieran a la escuela. Todo cambió.



Algo diferente

Nací bajo la protección de la diosa madre luna, patrona de la preñez y del alumbramiento, inventora del arte de tejer; bendecido por Itzamná, primer sacerdote, creador de la escritura. Hablo el *kaxlan k'op*, ya no uso la vestimenta de mis abuelos, dejé de labrar la tierra. Estudié, me tocó tiempo mejor.

Terminé mi bachillerato, conseguí plaza de maestro bilingüe, fui a trabajar a Takinwits, una aldea tseltal con chozas pequeñas hechas de paja y paredes de corcho, asentada en la ladera de una cadena de montañas, donde no poseen gran cosa, sólo tienen lo que necesitan para comer, lo indispensable para no morir. A veces un resfrío o una diarrea común manda a los niños directo al inframundo. Los maestros poco podemos hacer.

Cierta ocasión el supervisor de la zona convocó a una reunión. Cuando hablaba del plan y programa de educación prima-

ria ante ochenta maestros, escuché un ruido a mi espalda, como si se rompiera la pata de una silla. Miré hacia atrás, descubrí a una mujer de rostro que lucía con esmalte natural y de cuerpo armonioso, vestida con blusa blanca y pantalón de mezclilla. Tenía un lapicero en la mano. Empecé a mirarla insistentemente con la intención de hacerle ojitos; pero ella me evitaba, garabateaba en su cuaderno. Le di un golpecito en el hombro a mi director, sentado cerca de mí.

—Qué linda es esa maestra —le dije, señalando con la vista.

—Sí, se llama Hortensia Vázquez, una mujer chol —contestó.

—Qué bien está.

—No te impacientes, ella no es casada. Aquel día de verano creí encontrar mi destino con Hortensia Vázquez: me propuse conquistarla. Dos semanas después hubo otra reunión de trabajo. Pasé la mañana oteando el camino que sube hacia la escuela. Cerca de las nueve la vi llegar con otras tres maestras. Sentí en mis ojos un rayo de esperanza, me aproximé.

—Adiós, maestra Hortensia —fue lo único que le dije.



Ella sólo me miró, aparentemente tranquila. Fingí estar sereno para que no se diera cuenta de la temblorina de mis piernas. Apresuré sus pasos, se dirigió al salón, no salió de ahí hasta terminar la reunión, cuando el sol se encontraba en medio del gran manto azul del cielo. Busqué a mi director, lo encontré sentado en la dirección.

—No me vio. Ni una sola vez sorprendí sus ojos buscándome —le dije.

—Te vas a enamorar —contestó con una sonrisa leve y me hizo una seña para que me sentara en una silla frente a la suya.

—Es encantadora —dije después —Pero ¿cómo la vez? —le pregunté.

—Para ti está bien.

—¿Y si me arrepiento?

—¿Por qué? Es una mujer madura, educada y de buenos modales.

De pronto empecé a sentir escalofrío, pasó ella frente a la dirección. La vi bajar con sus amigas por el sendero, hasta perderla de vista.

Pasaron los días, hice mi trabajo diario con los niños. Un día decidí ir a la comunidad donde trabajaba ella. Mi director

me pidió que no fuera, que mejor esperara otra reunión.

—O te acompaño —me propuso.

—No. Lo que tengo que hablar con ella tiene que ser a solas.

Yo quería verla, hablarle para sentirme tranquilo. Floreció el alba como cualquier día, me puse en camino. Fueron tres horas a pie, escalando laderas, atravesando terrenos montañosos, deslizándome por un sendero delgado. Estando ahí sentí miedo, me dieron ganas de regresar, pero tenía que superar esa prueba. Hablé con un niño parado a la entrada de la escuela.

—Quiero hablar con la maestra Hortensia.

—No. No le puede hablar —contestó.

—¿Por qué?

—Porque mi maestra está leyendo.

El niño me miró con los ojos entrecerrados y una sonrisa medio burlona, desafiante, añadió:

—No trabajas aquí.

—No. Trabajo en Takinwits.

—Si tu trabajas en Takinwits, ¿Qué haces aquí? —dio un paso atrás.



No esperaba de él una pregunta delicada. Pero en ese momento apareció la maestra Hortensia, se acercó a saludarme, el niño corrió a su casa.

–Buenas tardes, maestro José, ¿qué se te ofrece? –preguntó con voz clara y fresca como rumor de río.

Nuestra conversación fue corta, no supe qué más decirle. Le expliqué mi necesidad de conseguir compañera, el semblante de su rostro cambió.

–No tengo nada que decirte. Gracias de todos modos por la visita –dijo al despedirse, me vio con coraje.

Dio la vuelta, caminó a su salón. *Quedé con el alma destrozada, siguiéndola con mis ojos a la espera de que volteara y me dijera algo, cualquier cosa, aunque fuera un reclamo airado. Pero no fue así. Se aproximó un carro, partí a Ocosingo, llegué a mi casa cuando el sol estaba por ocultarse, cansado, mi cuerpo sudoroso, sin ganas de hacer nada. Mi madre me dio de comer. Sentí que se me atoraba la tortilla en la garganta como una tristeza, pero no me mató; después me acosté en mi cama de madera. Miré por la ventana las estrellas que parecían luciérnagas*

detenidas en su manto azul. Entonces vino a mi mente otra visita a la comunidad donde trabajaba Hortensia.

Una semana más tarde fui allá. No estaba ella, el lugar desolado, sólo las aves cantaban al mismo tiempo, un pájaro carpintero marcaba el ritmo. Concluí que ella se llevaba hasta la alegría de la escuela. Tomé el camino a Takinwits. Al cabo de tres horas llegué, justo cuando caía la noche con los misteriosos ruidos nocturnos. Cansado, entré a la pequeña choza que servía de cocina a los maestros. Preparé mi alimento, cené, fui a descansar, dormí. Llegó el nuevo día, antes de comenzar mis quehaceres con los niños, *platiqué con mi director.*

–*Si logro enamorarla seré el más feliz de los hombres* –le dije, cuando salían de su boca humos adelgazados y acariciados por el parejo filo de sus dientes.

Así estábamos cuando se acercó Florencia, maestra de tercer grado. Se dirigió a mí con voz agitada, hizo que la mirara fijamente.

–Ella podría hacerte feliz, pero no puede ser la mujer perfecta, en algún lado está sus defectos. Hortensia se ve una mujer



admirable, tal vez no ha tenido la ocasión de dejar de serlo, no ha sido puesta a prueba. ¿Es tu novia?

—¿Por qué quieres saber? —la miré de reojo.

—Bueno —dijo Florencia —la forma como andas pegándote, pareciera como si estuvieras enamorado.

—No te preocupes. Un día de éstos iré a pasear con ella.

Florencia dejó de respirar por un momento.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Cuando ella decida.

Le aventé una bocanada de humo a su cara. Tosió fuerte como si la reventara un rayo, se retiró. Esa noche de luna llena, pero el cielo nublado, soñé a Hortensia. La vi sentada en una cabaña, siguiendo lentamente con su dedo la página de un libro. Me quedé de pie, temblando y sorprendido con los ojos abiertos. Hortensia se molestó, cerró el libro, se marchó con agilidad sorprendente, desapareció. Intenté buscar sus huellas sobre la tierra, pero no encontré ni rastro de ella. De buena gana me hubiera arrodillado para besar esas huellas. Desperté sobresaltado,

pensé que ese sueño podría ser una advertencia.

Un lunes cuando me dirigía a mi trabajo la encontré subiendo, junto con otras dos maestras, por la vereda montañosa adornada entre flores y cantos de aves que volaban; traían sus blusas empapadas de sudor.

—Necesito hablar contigo, creo que ya adivinas lo que tengo que decirte —le dije, aspiré su olor a sudor fresco.

—No sé de qué hablas, José.

—Se trata de mis sentimientos. No puedes imaginarte cuanto te deseo, Hortensia —le dije, mirándola a los ojos.

Me vio con las cejas levantadas en un gesto atento.

—Lo siento, José. Mucho esfuerzo hicieron mis padres para educarme como para enamorarme de ti sin el consentimiento de ellos, eso no es posible —contestó después, secándose la cara con un pañuelo.

—Estoy entregado a ti totalmente, no miento. Nunca dejaré de amarte.

—Créeme, José, no puedo decidir nada, mis padres se enojarían. Ellos han recorrido largos caminos para buscar esposa a mis hermanos.



–Lo entenderán, sabrán perdonarte.

–No es cierto. Las leyes indígenas jamás escritas pero vivas en nuestros corazones, señalan que el único matrimonio bueno y aceptable es el que conciertan los padres, su palabra de aprobación vale cualquier esfuerzo.

–Tienes razón. No existe el noviazgo en nuestro medio, está hecho más de miradas que de declaraciones. El joven se conforma al ver a una muchacha cuando llena su cántaro de agua. Pero ¿qué puedo hacer estando lejos de mis padres?

–No tienes permiso para nombrarme. En este caso no puedo hacer nada.

Me dio la mano, continuó su camino tan deprisa como pudo, desapareció entre los frondosos árboles que le cubrieron de la mirada del padre sol. Me senté, prendí un cigarro, después seguí mi camino a Takinwits. Pasaron los días, mandé cartas a Hortensia, en ellas le decía aquello que frente a frente no me atrevía, fueron el alimento principal de mi pasión.

Un fin de semana, después de terminar mi jornada con los niños, viajé a Ocosin-

go, Hortensia apareció con el cabello negro, suelto. No esperaba encontrarla.

–Caramba, caramba –pensé –¿Qué le voy a decir? ¿Cómo la voy a mirar? –mi corazón apaciguado volvió al galope, mis piernas empezaron a temblar, me dieron ganas de salir corriendo de ahí.

Se encontraron directamente nuestras miradas; miradas de contemplación, de admiración del más genuino afecto.

–Te amo, Hortensia. No hay otra palabra para decirte que te amo –le dije con ternura.

Suspiró, después balbuceó bajo la mirada de la gente que iba y venía.

–Yo también te amo, José.

Lo que comenzó con el ruido de una silla se tornó en ardiente pasión. Así como el bosque se acaba, el río se seca, nuestra costumbre empieza a tomar otro cauce, corre y cambia en algo diferente.



Del autor

El indígena **Tsajal Chij K'ana Expin**, más conocido como **Josías López Gómez**, nació en el paraje Cholol, municipio de Oxchuc, Chiapas, en un primero de agosto de 1959. Su infancia transcurrió en la comunidad de Pak'bilna, donde sus padres se instalaron cuando tenía apenas dos meses. Proviene de una familia modesta, de origen maya tseltal, criado en la lengua y en la cultura *bats'il k'op*. Fue educado en la comunidad hispanohablante a la que nunca se integró del todo. Cursó su educación primaria en el pueblo de Oxchuc. Se trasladó a la ciudad de San Cristóbal de las Casas, conocido en el mundo indígena como Jovel, Chiapas, a la edad de doce años, donde radica actualmente. Ahí cursó sus estudios secundarios y de bachillerato. Terminó su carrera de lingüística indoamericana en la ciudad de México, Distrito Federal.

No tiene mucho que dedica buena parte de sus esfuerzos a la literatura indígena. Lucha cuerpo a cuerpo con los naguales que lo empujan y orillan a escribir. Ese combate nunca ha sido sencillo. Usa un español de poca flexibilidad por lo mismo que lo a-

prendió tardíamente, a la edad de diez años. Somete su obra a una profunda revisión para hacer aceptable y entendible su español.

Coautor de *Palabra conjurada (cinco voces, cinco cantos)*, una muestra colectiva de la emergente literatura indígena contemporánea, de la que existe una versión al inglés que puede ser consultada en la página:

<http://www.indigenouspeople.net/frontera/>

Autor de *La aurora lacandona*, edición tseltal-español, seis cuentos que acercan el ritmo humano de los hombres de la selva, más conocido como los lacandones, títulos editados por Ediciones El Animal, del Espacio Cultural Jaime Sabines y La Unidad de Escritores Mayas Zoques, A. C. Coautor del *Diccionario Multilingüe: español, tseltal, tsotsil, ch'ol y tojolabal*, publicado por Siglo XXI. Tradujo al tseltal el *Pow Wuj o Popol Vuh*, la historia antigua de los mayas quiché. Colaboró en la traducción al tseltal de *Los Acuerdos de San Andrés*, firmados por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el Gobierno Federal, en San Andrés Sak'amch'en de los Pobres, municipio tsotsil de los Altos de Chiapas, publicado por el Consejo Estatal para la Cultura y Las Artes de Chiapas. Ha publicado artículos en la revista *Nuestra Sabiduría*, edición multilingüe. Primero asesor lingüístico, después coordinador académico



Todas las sociedades somos una combinación de elementos producto de situaciones concretas, como las derivadas de la historia, y las que resultan de ser sociedades dominantes o dominadas, o en el peor caso, esclavizadas. La literatura, sea cual sea el género, será y es reflejo tanto de los temores como de los aciertos colectivos, el escritor sólo recrea cuanto a él le parece más importante. En *Spisil k'atbuj, Todo cambió* el tseltal Josías López Gómez eligió combinar oralidad y realidad cuando los maestros de educación básica hicieron su aparición en las comunidades mayas: difícil, amargo, incluso trágico fue ese comienzo para iniciar el tránsito en la supuesta igualdad de oportunidades entre la sociedad mestiza y los pueblos originales. Con *Spisil k'atbuj, Todo cambió*, tendremos posibilidades de comprender un pasado cercano para entender un poco más este presente.

José Antonio Reyes Matamoros



Unidad de Escritores Mayas-Zoques, A.C.



Ediciones de El Animal
Espacio Cultural Jaime Sabines